



LOS PROFESORES EN LA SECUNDARIA

Por Francisco Rodríguez Agrados,
de las Reales Academias Española y de la Historia

Artículo original escrito para ANPE Madrid

Difícil es el tema, no se puede generalizar. Hay que respetar a los que, cansados, se jubilan en cuanto la ley se lo permite o caen en la depresión. Han dado de sí todo lo que podían. Los hay que, pese a todo, siguen luchando valientemente: interesando al alumno, luchando ante toda clase de autoridades, de las múltiples autoridades.

No hay duda, sin embargo, de que predomina un desengaño, que hay gentes que, llegadas a la enseñanza por amor a su materia, se encuentran desorientadas ante los planes cambiantes y amenazantes, ante políticos bastante ajenos a la educación pero que tienen el poder, ante la visión de que el enseñar la propia materia, en condiciones cada día peores, se considera, a veces, como algo secundario.

Están abrumados por esas múltiples autoridades, infinitos Consejos y reuniones, orientadores, condicionamientos diversos que no les dejan trabajar. Ante los latiguillos pedagógicos para los cuales el *saber cosas* es lo menos importante. Porque siguen pensando, esos profesores, que una organización de las cabezas con datos, cronologías, nombres, es indispensable para llegar un día a cualquier clase de creatividad.

Y luego hay la falta de autoridad, no hay forma de que los Centros tengan armas para hacerse respetar de alumnos díscolos que a lo mejor, a sus quince o dieciséis años, preferirían otras actividades y se ven obligados a esta. Pierden el tiempo y desesperan a los demás. Los periódicos están llenos de informaciones sobre la violencia.

Toda esa falta de autoridad es una de las causas de que los padres mejor situados económicamente envíen a sus hijos a la enseñanza privada: no es que haya una ofensiva contra la pública, son las propias temidas *reformas* las que van contra ella. La gente huye, si puede. Y el profesorado sufre.

El profesor que tiene vocación sigue adelante, aunque las horas de las materias importantes vayan decreciendo, tengan que luchar con optativas de nombre espacioso, sea, a veces, casi heroico mantener un nivel de exigencia.

Pienso que una reforma de verdad, no como esas que venimos padeciendo que han extendido, sí, la enseñanza pero a expensas de su calidad, sería esencial. Ese era el gran desafío: difundir la enseñanza sin rebajarla, sin contornear lo que es importante con tantas cosas que lo son menos. Materias como las lenguas clásicas sufren un ataque constante, reforma tras reforma. Sí, aquí y en otros campos hay que mejorar la enseñanza. Pero sin espacio y sin horarios suficientes, la didáctica no puede hacer milagros.

La enseñanza exige esfuerzo: del profesor, desde luego, también del alumno. Eso no se arregla con ordenadores ni con frases. Necesita un prestigio basado, desde luego, en la labor de todos, también en un apoyo externo.

En fin, personalmente creo, y así lo he manifestado en toda clase de situaciones políticas, que habría que haber evitado la multiplicación de materias y optativas, la penetración en el Bachillerato de materias propiamente universitarias, la unión con la Enseñanza Profesional (en detrimento de ambas). ¿Creerá alguien que fue serio que el último curso obligatorio de Latín que quedaba fuera suprimido a favor de un tercer curso de Tecnología? Y el latín es la lengua de que viene la nuestra, la que ha estado presente a lo largo de toda nuestra Historia. En toda España.

Y luego vienen la multiplicidad de autoridades y las diferencias entre las Autonomías. En la Constitución la Educación no aparece ni entre las competencias del Estado ni entre las de las Autonomías. Luego hubo un arreglillo nefasto. Creo aceptable que ciertas materias, llamémoslas autonómicas, dependan de ellas. Pero, ¿por qué van a ser diferentes las Matemáticas y el Griego en Cataluña y en Madrid? Y no hablemos de tantas cosas que rodean a la labor del profesor.

Este, si es verdadero profesor, como lo son tantos, se encuentra tironeado por fuerzas múltiples y ajenas. Y, no nos engañemos, en un panorama complejo en que todas las materias sufren reducciones y competencias imparables, el profesor tiene que defender su materia frente a otras. Algo un tanto descorazonador.

Personalmente, creo equivocado el haber suspendido, bien que parcialmente, la Ley de Calidad (y, de paso, el Decreto de Mínimos, que para Clásicas al menos era importante). Era un pequeño arreglo, pero un arreglo efectivo. Ciertamente, fue un error sacar esa Ley en el último momento, otra cosa hubiera sido si se hubiera sacado en el primer o segundo año de aquel Gobierno.

Ahora, otra vez, a luchar contra la reducción de las materias, la competencia de unas con otras ¡y encima introducen una de aquellas antiguas *Marías!*

Así, el profesor tiene que mantener la ilusión por su materia y por transmitírsela a sus alumnos. Al tiempo, está rodeado de un ambiente difícil, defenderse dentro del cual no está al alcance de todos. Y luego vienen los problemas sobre el acceso a los puestos de enseñanza, las amortizaciones de plazas (un infierno para algunas materias), las desigualdades.

Este es el panorama. No muy optimista, en él hay que continuar luchando, ilusionando, poniendo cara de ser los de siempre. Y lo somos. Muchos al menos.